

bía su civilización. Sin embargo, todavía es posible descubrir en los escritores romanos las huellas casi borradas de los pueblos antiguos. Las medallas, las monedas, las piedras funerarias con sus inscripciones, algunos monumentos escritos de más importancia, una multitud de objetos, vestigios de sus artes y de su industria destinados á los usos públicos ó domésticos, ó á las prácticas de la religión, y las construcciones de murallas que todavía subsisten, y á las que su mole y su solidez han hecho dar el nombre de Cyclopeas; en una palabra, todas las riquezas arqueológicas están reclamando esa restitución histórica. Micali, cuyas obras acabamos de citar, la ha hecho con cierta pasión nacional, pero con un talento digno seguramente de atención y de autoridad.

Los juriconsultos nos extraviaríamos si buscásemos en otro camino las primeras bases de la historia del derecho romano. Puede censurarse con razón á Niebuhr, que tan eminentes servicios ha prestado en los detalles de la historia romana, el haber, en todo el curso de sus estudios sobre las instituciones, concedido demasiado á la Grecia y muy poco á los orígenes del país. Los antiguos cantos populares que todavía pudo conocer Caton, por lo ménos acomodados al estado de la lengua en su época, según los cuales se nos cuenta la fundación de Roma, y las epopeyas de su historia naciente, eran cantos indígenas; todo en ellos tiene el carácter itálico. Las instituciones, las creencias y las prácticas de los romanos, en su primitivo origen, ya se trate de la vida pública ó de la privada, tienen también ese carácter. Sería un error el figurarse esas instituciones ó esas prácticas como creadas, como improvisadas por primera vez por los romanos. Roma en su principio no fué más que un pequeño centro de aglomeración itálica, como los que en gran número existían en esas poblaciones extremadamente fraccionadas, de las que, sin embargo, algunas habían formado, por la confederación de sus ciudades y de sus colonias, pueblos más poderosos y extensos que las otras. Los ritos religiosos, las magistraturas, los trajes ó signos exteriores, las haces, hachas, lictores, sillas curules, vienen de esas poblaciones itálicas (1). Si la Grecia hizo pasar á la religión de Italia la mayor parte de sus dio-

(1) MACROBIO, *Saturnales*, lib. I, cap. IV: «Tullus Hostilius, Hosti filius, rex Romanorum tertius, debellat is Etruscis, sellam curulem lictoresque et togam pictam atque pretextam que insignia magistratum Etruscorum erant, primus ut Romae haberentur, instituit.» — Véase también á TITO-LIVIO, lib. I, § 8. — Y el poeta SILIUS en su poema sobre las guerras púnicas (can-

ses, la Italia tenía también, procedentes de orígenes más remotos, sus divinidades nacionales, que los griegos le tomaron prestadas algunas veces. Jano, Camesis, su esposa ó compañera, símbolo de la tierra natal; Vesta, diosa del fuego sagrado; Fauno y tantas otras cuyos nombres son vulgarmente ménos conocidos, y esas *nymphæ camenæ* que invocaban todavía los poetas en el siglo de Augusto: Varron, hablando de los altares que el rey Tacio consagró en Roma, dice que tenían el perfume de la lengua de los sabinos. Si la Grecia prestó mucho á la lengua de los romanos, tal como ha llegado hasta nosotros, las primeras raíces de esa lengua fueron raíces itálicas que formaban parte de los primeros orígenes del hablar; raíces itálicas que los gramáticos de los últimos tiempos de la república ó de los tiempos del imperio habían olvidado demasiado, y cuya existencia, sin embargo, señalaban muchas veces. En fin, Roma, siguiendo el uso de las ciudades itálicas, tenía un dios protector secreto y un nombre sagrado de formación latina, de cuyo misterio no les era permitido á los iniciados descender el velo, por temor de que los enemigos pudieran tomar la ciudad evocando contra ella, con su nombre sagrado, á aquel dios protector. Ese dios ha permanecido incierto, y su sagrado nombre, cuya memoria dejaron perder los romanos, desconocido hasta á los más eruditos de entre ellos. Valerius Soranus pereció, según nos refiere Plinio, por haberle pronunciado (1). En cuanto al nombre ostensible, el de *Roma*, Verio refiere que estaba prohibido divulgar la causa (2).

Cuando se trata de penetrar la historia de los dos pueblos itálicos anteriores á la dominación romana, se experimenta, además de un gran número de dificultades, el mismo embarazo que encontramos en la historia de los pueblos que aún viven hoy día, cuan-

to VIII, verso 435 y sig.), hablando de Vetulonia, una de las principales ciudades de los etruscos:

Bissenos hæc prima dedit præcedere fasces,
Et junxit totidem tacito terrore secures:
Hæc altis eboris decoravit honore curules,
Et princeps Tyrio vestem prætexuit ostro.

(1) MACROBIO, *Saturnales*, lib. III, cap. IX: «Nam propterea ipsi Romani et Deum in cuius tutela urbs Roma est, et ipsius urbis Latinum nomen ignotum esse vulerunt.» — «Ipsius vero urbis nomen etiam doctissimis ignotum est.» — PLINIO, *Hist. natur.*, lib. III, § 9, núm. 11: «Roma ipsa cuius nomen alterum dicere, arcanis caeremoniarum nefas habetur, optimaque et salutari fide abolitum enuntiavit Valerius Soranus, luitque mox poenas.»

(2) FESTUS en la palabra *Roma*: «Ceterum causam ejus appellationis invenisse ait Verius veritatem esse publicari.» — Es preciso ver, en este mismo texto, todas las etimologías que se debatan acerca de las fábulas griegas para explicar la palabra *Roma*.

do queremos estudiar en sus detalles la de los cantones suizos ó de los Estados de Alemania, ó de las repúblicas de la Italia en la Edad Media; el embarazo que nace de la multiplicidad de pequeños Estados, en los cuales una ciudad, un pueblecillo con su territorio y sus habitantes, desempeña el papel de una potencia, y se denomina un pueblo; en el que los intereses, las instituciones, las rivalidades, las alianzas, las negociaciones y las batallas, se reducen á muy estrechas proporciones, y se multiplican en razon á su extremada division. Historia de comunes ó municipalidades, grupos de habitantes más bien que pueblos, fatiga incesante para el espíritu, especialmente para nosotros, que estamos habituados á las grandes unidades nacionales, y á las poderosas centralizaciones, que la serie de los tiempos ha producido.

Pero el problema histórico adquiere una extension considerable; la vista no adquiere mayor alcance, y el horizonte de perspectiva profunda, cuando en vez de detenerse en cierto límite que las diferentes poblaciones itálicas serian otras tantas pequeñas razas distintas, como brotadas por la tierra en donde vivian, indígenas ó autoctonas, según la calificacion que los hombres acostumbran á adoptar en semejante situacion, se remonta á la grande idea, á la idea madre de la filiacion humana, cuando se pregunta de dónde vinieron esos pueblos que nos parecen tan fraccionados, y cómo sembraron de habitantes la península itálica del mismo modo que la Grecia, la España, las Galias y demas partes de la Europa. Entonces, en lugar del fraccionamiento, de la amalgama y confusion de las razas y de las lenguas, se vislumbran los destellos de los orígenes comunes. Se descubre que son algunas razas idénticas, que en su tiempo llegaron á esas regiones de Europa; ramas desgajadas de un tronco primitivo, inmigraciones dispersas de una misma estirpe; se comprende cómo fué que en la batalla de Mario contra los ambroteutones, de ciertas filas del ejército de los bárbaros, y de los auxiliares itálicos de Roma, partió, con grande asombro de los combatientes, el mismo grito de guerra, el mismo grito nacional, ¡*Ambra!* ¡*Ambra!* (1); y esos vestigios misteriosos de una unidad olvidada, que se encuentran en medio de la gran variedad de las lenguas humanas, principia á explicar su existencia. M. Ampère, sabio á la par que poeta, nos ha dado los

(1) Plutarco, *Vida de Mario*.

principios de una *Historia romana en Roma* (1), historia que la topografía arqueológica ha puesto al servicio de una ingeniosa y de una elegante facultad de conjeturar. El autor, para escribir esa historia, subió alternativamente á la cima de cada una de las colinas locales, y dirigió sus miradas por todo el alrededor; pero al localizar el punto de mira, ¿no ofrece grande riesgo el localizar las observaciones? Para tener la cifra de las mínimas fracciones humanas, que parecen agitarse en esas mínimas fracciones de territorios, ¿no sería necesario trepar á la cúspide del monte Ararat, y desde allí ver diseminarse por toda Europa los diversos destacamentos de la gran familia, que la desconocida cuna asiática ha enviado á ella sucesivamente?

Por más nebulosa que sea la aparicion de esa direccion de los pueblos hácia el Occidente, el estudio comparativo de ciertos restos de tradiciones, de usos y de creencias, y sobre todo, el de la filología en sus profundidades íntimas, han permitido el afirmar, en nuestros días, algunos grandes resultados. Sábese ya bastante para asegurar que las fuertes razas de la familia jafética, los iberos, y las más fuertes todavía, más numerosas y más esparcidas, los keltas y sus hermanos los kimris, dieron á la península itálica sus elementos de poblacion, como se los dieron á la península española, á las Galias y á otros puntos de Europa. Por manera que en proporciones diferentes, llegando por diversos caminos, en inmigraciones ó invasiones sucesivas, y en épocas variadas, siempre encontramos las mismas razas originarias de hombres. Los ligurios, los siculos y los sicanos no fueron, según opinion general, más que vástagos de la rama de los iberos. Los ombros, según tradiciones á que los eruditos romanos no han sido extraños, eran tenidos por una progenitura de los keltas, que habian bajado por las vertientes de las montañas á la alta Italia. Los misteriosos pelasgos no serian más que tribus de kimris, que debian haber salido de la Tracia, esparciéndose por ciertos puntos del Asia Menor, por el territorio y las islas de la Grecia y tambien por la península itálica. Su establecimiento en la Grecia ha hecho que se les atribuya, aunque malamente, un origen helénico, aunque hubiesen precedido con mucho á los que más tarde debian reemplazarlos, y tomar de su lengua hasta los nombres de griegos y de helenos. Los

(1) París, 1822; 2 vol. en 8.º

etruscos mismos ó tyrehinicasas debieron pertenecer á esa misma raza de los kimrios; destacamentos de otras ramas de pelasgos llegados á Italia despues de los otros, debieron enlazarse, aunque en un pasado más remoto, á la rama comun. En fin, una tercera raza, siempre procedente de la cuna asiática y de la grande descendencia personificada con el nombre de Japhet, debió contar tambien entre sus antepasados, pueblos itálicos; los iberos y sus descendientes fueron los que dieron esplendor, algunos siglos despues y en otra tierra, á los nombres pelásgicos de griegos y de heLENOS. Cuando esta raza envió algunos destacamentos á la Sicilia y á la Italia, se hallaba en sus principios en Europa, acababa apénas de instalarse en la península de la Grecia, expulsando de allí á los pelasgos ó mezclándose con ellos, estaba todavía muy distante del renombre que en el porvenir les estaba reservado. Es preciso no confundir ese elemento primitivo de los yonos en Italia, con las colonias, mucho más posteriores, que fundaron allí los pueblos griegos en su prosperidad, y que hicieron que se diera á una buena parte de las costas itálicas el nombre de grande Grecia. Los acontecimientos de que hablamos, vislunbrados apénas á traves de la oscuridad de los orígenes de las razas humanas, los más recientes son quince ó diez y seis siglos anteriores á nuestra era, y de setecientos á ochocientos años á la de Roma. En definitiva, nos presentan tres razas que entraban en la composicion de los pueblos itálicos: los iberos, los keltas, con sus hermanos los kimris, y los yonos. La poblacion de las Galias en su primer origen ofrece las mismas razas. De esos elementos, que no permanecieron puros, separados unos de otros, pero que se mezclaron y cruzaron en proporciones diferentes segun los lugares y las circunstancias, salieron los antiguos pueblos que se llamaban indígenas en Italia. Entre los hunos, como entre los ligurios y los siculos, entre los ausones con sus derivados los volscos ú ópicos, entre los ombros con sus numerosas colonias, entre los sabinos con sus derivados los pice-nienses y los diversos pueblos sabélicos, entre los marsos y los her-nicos, y entre los etruscos, predominó la raza de los iberos ó la de los keltas á la de los kimris; entre otros, como en ciertos puntos del Lacio y del litoral itálico ó siciliano, se les mezcló en su mayoría la de los yonos.

Pero en el momento en que van á abrirse las avenidas de la historia de Roma quedan relegados al olvido ese pasado lejano y esas

fuentes etimológicas comunes. Fraccionados en espacios y en cifras de poblacion, que, en último resultado, por más grandes que se las quiera suponer en las narraciones locales, serian en el dia de escasa importancia, cruzándose, dividiéndose, guerreando unos contra otros, sometidos á la influencia de los tiempos y de los lugares, esos pequeños pueblos tuvieron su historia, á la que Roma iba á dar un desenlace disputado, y en seguida, absorbiéndolos en sus destinos, una amplitud que abarcaria el mundo.

Sin embargo, á traves de una extremada division ó fraccionamiento, ciertas afinidades de origen, de lenguaje y de costumbres, ciertos lazos de confederacion, una expansion, por colonias, asambleas y expediciones en comun, denotan algunas nacionalidades más amplias, que han tenido su fortuna y su tiempo de prosperidad y de decadencia. Entre estas nacionalidades, que todas fueron acometidas, dominadas, y finalmente absorbidas por el poderio romano, hay tres, por lo concerniente á los primeros orígenes de Roma, que importa observar más particularmente: las de los latinos, los sabinos y los etruscos. En efecto, en medio de ellas, en medio de los fragmentos desprendidos de una y otra, nació la nueva agregacion política. Estos son los tres elementos á los que, de cualquiera manera que hayan tenido lugar los hechos, la ciudad romana parece haber debido su formacion.

El elemento latino tuvo en ella la ventaja del territorio y del origen primitivo; el elemento sabino, la de la fuerza y la independencia montañesas; y el elemento etrusco, la de la civilizacion y de las instituciones religiosas y políticas, más firmemente establecidas.

La tradicion misma refiere la fusion de cierta poblacion de sabinos, con pormenores que forman parte de la epopeya nacional. El nombre sagrado de aquellos sabinos era el de *Quiriter*; segun lo que leemos en Festo, les venía de la diosa *Curis*, á la que acostumbraban á hacer sacrificios con agua y vino; de ahí tambien el nombre de Cures, su ciudad principal, y el de *Curis* ó *Quiris*, la lanza sabina, por medio de la cual se habian hecho poderosos (1). El monte *Quirinal* era llamado así, segun una etimología que refiere Varron, porque sobre aquel monte fué donde eslabecieron

(1) Festo, en la palabra *Quirites*: «Quirites, dicti Sabini á curi dea, cui aqua et vino sacra facere soliti erant.... ab ejusdem autem deæ nomine videntur item *cures* sabinae hasta appellatae, quibus ea gens erat potens.»

su campo cuando fueron con Tatiús, desde Cures á Roma (1). El pueblo romano se presenta también como un pueblo doble; así en los sacrificios, en las oraciones y en las fórmulas sacramentales se acostumbraba invocar á los dioses por el pueblo romano y por los quirites: *Populo romano quirítibusque*, de lo que más tarde, y por alteración, se hizo *Populus romanus quirítium* (2); y así como había una divinidad del sexo femenino, la diosa *Curis*, así también hubo otra del sexo masculino, el dios *Quirinus*, el dios de la lanza, identificado con Rómulo, y al cual se le edificó un templo sobre el monte *Quirinal* (3). Esa lanza durante largo tiempo continuó desempeñando un gran papel en las solemnidades simbólicas, en las fórmulas y en la lengua técnica del derecho romano.

La ansiedad de una parte de la población etrusca fué también épica referida en la tradición popular. Sin embargo, es muy posible que en esa tradición y en el testimonio de los historiadores no se siga exactamente la huella. Varrón, Festo, Tácito y Dionisio de Halicarsano nos enseñan que el monte *Caelius* había sido llamado así por un cierto *Celius* ó *Celes Vibenna*, notable etrusco, que fué con su hueste (*cum sua manu*) en auxilio, según unos, de Rómulo, y según otros, de Tarquino el Antiguo, y que estableció su morada en aquel monte. Como desde aquellas alturas fortificadas los etruscos podían dominar fácilmente el país y causar vejaciones en él, se les arrojó de ellas á la llanura. Los anticuarios no están de acuerdo en cuanto al nombre del rey; pero es indudable que en aquella llanura formaron un cuartel ó barrio, que recibió de ellos, y que después conservó el nombre de cuartel etrusco (*Vicus tuscus*), en donde se veía la estatua de *Vertemino*, divinidad principal de la Etruria. El monte *Caelius*, antes de la llegada de los etruscos, se llamaba *Querquetulanus*, porque abun-

(1) VARRÓN, *De lingua latina*, lib. v, § 51: «Collis Quirinalis, ob Quirini fanum; sunt qui á Quiritibus, qui cum Tatio Curibus venerunt Romam, quod ibi habuerint castra.»—Véase también FESTO en la palabra *Quirinalis collis*.

(2) FESTO, en la palabra *Dici*: «Dici mos erat romanis in omnibus sacrificiis precibusque, POPULO ROMANO QUIRITIBUSQUE, quod est Curensibus, que civitas sabinorum potentissima fuit.»—Véase esta fórmula sacramental alterada en Aulio Gelfo, lib. x, cap. xxiv, fórmula del pretor anunciando las fiestas llamadas *Compitalia* para el pueblo romano de los Quirites; y en Tito Livio, lib. viii, § 9, fórmula por la cual el consul Decio se sacrifica por el pueblo romano de los Quirites.

(3) OVIDIO, los *Fastos*, lib. ii, verso 511:

Templa Deo sunt, collis quoque dictus ab illo.

Era la segunda etimología que se daba de la denominación del monte Quirinal, á causa del templo que había sido edificado á Quirino (véase más arriba, nota 1.^a).

daban en él las encinas, como abundaban en el monte *Quirinal* antes de la llegada de los sabinos, y que entonces se llamaba *Agonus* ó *Ægonus* (1).

La misma agregación de esos etruscos aparece también, aunque con alguna oscuridad, en lo que nos dicen de los *luceres*, tercera parte del pueblo de Roma (*pars tertia populi romani*), que fué establecida en tribu (*distributa*) por Tacio y Rómulo, según se expresa Festo (2). El origen del nombre *Luceres* era diversamente explicado entre los romanos, y Tito Livio nos dice que no estaba comprobado. Festo, en el pasaje que acabamos de citar, la hace derivar de un cierto *Lucecus*, rey de Ardea, ciudad de la casta del Latium, que debió acudir también en auxilio de Rómulo. Pero por Varrón sabemos que la denominación de *Luceres* era etrusca. El mismo Festo, en otro pasaje, la hace venir de un *lucumon*, jefe de aquella tropa; Cicerón nos cuenta acerca de ese lucaniese que murió peleando con los sabinos, como aliado de Rómulo (3). Pues bien; ese *lucumon* no es evidentemente otro que el

(1) VARRÓN, *De lingua latina*, lib. v, § 46: *Caelius mons*, á *Caelio Bibenno*, Tusco dnce nobili, qui cum sua manu dicitur Romulo venisse auxilio contra Tatum regem: hinc post Caelii mortem, quod nimis munita loca tenerent neque sine suspitioni essent, deducti dicuntur in planum. Ab eis dictus vicus Tuscus, et ideo ibi Fortunnum stare, quod is Deus Etruriae princeps.»—FESTO, en la palabra *Caelius*: «*Caelius mons* dictus est á *Cele* quodam ex Etruria qui Romulo auxilium adversus Sabinos præbuit, eo quod in eo domicilium habuit.»—DIONISIO DE HALICARSANO, lib. ii, § 38.—TÁCITO, *Anales*, lib. iv, § 45: «..... Montem eum antiquitus Querquetulanum cognomen fuisse, quod talis silva frequens fecundusque erat; mox Caelium appellatum á *Cele Vibenna*, qui dux gentis Etrusca, quum auxilium appellatum ductavisset, sedem eam acceperat á Tarquino Prisco, seu quis alius regum dedit; nam scriptores in eo dissentiant; cetera non ambigua sunt, magnas eas copias per plana etiam ac foro propinqua habitasse, unde Tuscum vicum e vocabulo advenaram dictum.»

La versión admitida entre los escritores etruscos varía de la anterior, porque, según ésta, Servio Tulio, amigo y fiel compañero de *Caelius Vibenna*, cuya fortuna siguió, habiendo dejado la Etruria á consecuencia de los reveses sufridos, se dirigió con los restos del ejército al monte *Caelius*, en donde tomó posición, y al que llamó así en honor de su jefe. Él mismo debió cambiar allí su nombre etrusco, que era *Mastarna*, por el de Servio Tulio. Esta versión nos ha sido revelada por lo que se llama la *Tabla de Claudio*, tablas ó planchas de bronce descubiertas en Lyon en 1528, que tienen grabada un *Oratio* del emperador Claudio sobre la concesión que debía hacerse á los galos del *ius senatorum*, en aptitud para ser senadores. Ya los *Anales* de Tácito, lib. ii, § 24, ofrecían un análisis de esa *Oratio*, cuyo texto ha sido conocido de este modo; puede leerse ese texto en la edición *facsimile* que de él ha publicado, con el concurso de la municipalidad de Lyon, M. Montfalcon, bibliotecario de aquella ciudad (1851, en fol.). Se encuentra, además, referido en la mayor parte de las ediciones de Tácito. El emperador Claudio, en materia de versión etrusca, puede merecer cierto crédito, porque sabemos por Suetonio (*Claud.*, § 42) que había escrito en griego una historia de los etruscos en veinte libros, que se han perdido.

En cuanto al nombre primitivo del monte Quirinal, véase á Festo, en las palabras *Quirinalis Collis* et *Agonium*.

(2) FESTO en la palabra *Lucerenses*: «*Lucerenses*, et *Luceres*, que pars tertia Populi Romani est distributa á Tatio et Romulo, appellati sunt á *Lucero Ardeæ* rege, qui auxilio fuit Romulo adversus Tantium bellanti.»

(3) VARRÓN, *De lingua latina*, lib. v, § 55: *Tatienses* á Tatio, *Ramnenses* á Romulo, *Luceres*,

jefe etrusco Cæles Vibenna; no son dos personajes, sino uno solo. Con respecto á eso desaparece toda vacilacion cuando se observa, como con razon lo ha hecho Niebuhr, que *Lucumon* no es más que una calificacion de dignidad etrusca, y que la equivocacion consiste en haberla hecho un nombre propio (1).

Por último, el elemento etrusco vuelve á encontrarse de nuevo en esos primeros orígenes, en lo que la tradicion cuenta de la llegada á Roma de Tarquino con su gente, que habia salido de Tarquinias, una de las principales ciudades de la Etruria, y lo mismo que el elemento latino y el elemento sabino habian dado reyes á Roma, segun esa tradicion el elemento etrusco se los dió tambien á su vez.

Aquellos fragmentos de poblacion no eran, en verdad, todo el pueblo sabino, y mucho ménos aún la poderosa nacion etrusca, pero bastan para mostrarnos las tres nacionalidades que concurrieron á formar el pueblo romano, y para hacernos decir de esos primeros tiempos lo que Floro aplica al tiempo posterior de la guerra social, que el pueblo romano fué un compuesto de etruscos, de latinos y de sabinos, que transformó en una misma sangre la sangre sacada de esas diversas fuentes, é hizo un solo cuerpo de todos aquellos miembros (2).

El hecho capital, el de las nacionalidades preexistentes, en las que se deben buscar los elementos de la nacionalidad de Roma, y por consiguiente, el principio de sus instituciones y de sus costumbres, nos es bien conocido. Permítasenos, pues, detenernos en él sin insistir en el pormenor de los acontecimientos. Sabemos por Censorino que Varron dividia los tiempos en tres períodos: el primero, que llamaba *desconocido*, á causa de la ignorancia en que se permanecia con respecto á él; el segundo *mythico*, á causa de las relaciones fabulosas que en gran número contiene, y, en fin, el tercero *histórico*, porque los acontecimientos que durante él tuvieron lugar son referidos como verdaderas historias. Vico,

ut Junius, a Lucumone. Sed omnia hæc vocabula Tusca, ut Volnius, qui tragœdias Tuscas scripsit, dicebat.»—FESTUS, *Lucumedi*: «Lucumedi o duce suo Lucumone dicti, qui postea Lucereses appellati sunt.»—CICERON, *De república*, lib. II, § 8: «... Et suo et Tatii nomine et Lucumonis, qui Romuli socios in Sabino prelio occiderat.»

(1) SERVIO, ad *Aneid.*, lib. II, verso 268: «Duodecim enim Lucumones, qui reges sunt lingua tuscorum habeant.»—Et lib. VIII, verso 475: «Tuscia duodecim locumones habuit, id est, reges, quibus unus præerat.»—Lo mismo, lib. X, verso 202, et lib. XI, verso 10.—CENSORINO, *De die Natali*, cap. IV. «Lucumones, tum Etruriae potentes.»

(2) FLORO, lib. III, § 19: «Quam Populus Romanus, Etrascos, Latinos, Sabinosque miscerit, et unum ex omnibus sanguinem ducat, corpus fecit ex membris, et ex omnibus unus est.»

en las tres edades que señala el curso de las naciones, la edad de los *dioses*, la edad de los *héroes* y la edad de los *hombres*, tiene algo de análogo, aunque más profundo (1). Aplicando este sistema de division tripartita á la historia romana, que dividia en la primera edicion de su libro en tres períodos: el uno, *mythico*, puramente fabuloso; el otro, *mytho-histórico*, miscelánea de fábulas y de hechos, y el tercero, *histórico*. Niebuhr se ha aproximado mucho más á Varron. Se le leerá con curiosidad, pero es preciso guardarse de seguirle en las relaciones imaginarias que sustituye, con el aplomo de la certeza, á las fábulas de los dos primeros períodos. Leyendas por leyendas, y conjeturas por conjeturas, las que tienen en su favor la tradicion y la literatura de todo un pueblo forman parte de la historia, aunque no sea más que como pintura de las creencias. Bajo este título nos adherimos á ellas.

En su primera edicion, Niebuhr no habia visto en Roma más que una colonia etrusca. Despues la relacion que hace de Roma, pequeña ciudad fortificada sobre su colina, el monte Palatino, remontando oscuramente en su existencia hasta los tiempos pelásgicos, reuniéndose en la serie de los tiempos á las aldeas que las rodeaban en las colinas vecinas, luego á una ciudad sabina sobre el monte Quirinal, despues á una ciudad etrusca sobre el monte Cælius; comprende en definitiva, bajo la forma de conjeturas transformadas en aserciones, el reconocimiento de los tres elementos, latino, sabino y etrusco, que se hallan atestiguados por la antigüedad. En cuanto á las ciudades ó aldeas de Remuria, Laticum, Quirium y Lucerum, los antiguos jamas hablaron de ellas.

Fijados ya en este compuesto de la poblacion romana, en el momento en que comienza el interes, ó el recuerdo de su vida de pueblo, podemos abordar el estudio de sus instituciones, y como volvemos á encontrar aquí, todavía más que en la historia de los hechos, los trabajos indicantes de Vico y de Niebuhr, que no es permitido ignorar, pero cuyos datos fundamentales estamos, sin embargo, muy distantes de adoptar, creemos que ante todo y con brevedad debemos decir nuestra opinion acerca de ellos.

Los trabajos de Vico son trabajos generales, en los cuales busca, ó bien el principio universal del derecho, ó bien las leyes ne-

(1) VICO, *Principii di scienza nuova*, lib. IV, *Del corso che fanno le nazioni*.

cesarias que presiden la historia de la humanidad. El derecho romano, la historia romana, no intervienen en ellos más que como ejemplos, pero en una parte muy amplia, á causa del rango que en aquella época ocupaban entre los objetos de erudición; pero con la obligación de doblarse á los dogmas filosóficos de la obra. La amplitud de las ideas, la profundidad de miras, la luz de algunas verdades primordiales descubiertas, se enlazan allí de una manera tan embarazosa, tan vaga, tan extravagante, y algunas veces hasta tan poco conforme á la razon, que suele ser peculiar á los hombres de genio inspirado. Sobre las instituciones que nos ocupan deben ser aceptados algunos grandes rasgos y desecharse otros; en cuanto á los detalles, se apartan de tal modo en algunos puntos esenciales del verdadero conocimiento del derecho romano, que un jurisconsulto no puede considerar semejantes documentos sino como pura fantasía.

El asunto principal de la obra de Niebuhr es la historia romana, en la que se ha dedicado suma atencion á las instituciones. Niebuhr es un explorador erudito que busca los vestigios é interroga á los testimonios de la antigüedad, y que penetra con gusto hasta en los más pequeños detalles de la arqueología. Aun cuando no se precie de jurisconsulto, la ciencia del derecho romano le es deudora del mayor servicio arqueológico que se le ha prestado en nuestra época, el descubrimiento de las instituciones de Cayo, de las que ha sido el primero en reconocer y señalar el manuscrito polimpresto. Le debemos grande reconocimiento. Crítico sutil, sagaz, ingenioso, reúne las brillantes cualidades de la imaginación, del colorido poético y de los pensamientos generosos. Fácil como los arqueólogos en hacerse ilusiones, y dotado algunas veces del don de vision, muy convencido, y por lo tanto muy afirmativo, nos describe y refiere como reales, sin tomarse siquiera la molestia de advertirnoslo, lo que no es más que creacion de su espíritu. De esa especie de talento resulta que su obra es una miscelánea de observaciones de anticuario, que se hallan como intercaladas en ella, siempre instructivas, pero largas y minuciosas y de páginas animadas, escritas con mucho fuego, y cuya lectura está llena de atractivo. De ahí resulta tambien que sobre un gran número de puntos sus trabajos han difundido luces, de las que los jurisconsultos se han aprovechado para el conocimiento histórico del derecho romano, sobre todo á contar desde el momento en que

la historia de ese derecho comienza á salir de la incertidumbre de sus primeros orígenes. Pero no diremos lo mismo tocante á lo que ha escrito sobre la constitucion de Roma, la division y la situacion social de las diversas clases de la poblacion en aquella época primitiva, en la que faltan documentos y queda ancho campo á la imaginacion. Sólo con la más grande reserva puede introducirse en la historia del derecho cierta parte de las ideas por él emitidas. Su fundamento nos parece erróneo, y consideramos peligroso el adoptar su sistema, formulado sin crítica en obras elementales, en las que no se deben colocar más que verdades reconocidas. Preocupado con los ejemplos suministrados por la sociedad en la Edad Media, y sobre todo por la de los pequeños Estados de Alemania, que tuvo á la vista Niebuhr, hasta en la terminología por él adoptada, en completo desacuerdo con el lenguaje de los romanos, me produce algunas veces el efecto, si en asunto tan grave me es permitida semejante comparacion, de aquel pintor que representaba el sacrificio de Abraham, próximo á cumplirse, por medio de un fusil.

La ciencia histórica del derecho requiere más autoridad, exactitud más escrupulosa que la de los mismos hechos, y no tolera las licencias de la imaginacion; tratándose del derecho romano, en los documentos que nos han dejado los mismos romanos es en donde debemos buscar su conocimiento en cuanto es posible. Vamos, pues, á seguir á ese pueblo en su marcha progresiva. El derecho público, el derecho sagrado, el derecho privado y las costumbres fijarán alternativamente nuestra atencion:—el derecho público, que forma la constitucion del Estado, que determina la manera de hacer las leyes, de administrar justicia, de nombrar los empleados y de hacer la paz ó la guerra;—el derecho sagrado, que enlazado íntimamente entre los romanos al derecho político, del cual no es más que una parte, arregla las ceremonias de la religion, su necesidad en la vida pública ó privada, el nombramiento ó la autoridad de los pontífices;—el derecho privado, que arregla los intereses de los particulares en las relaciones que tienen entre sí, como en sus matrimonios, en sus contratos, en sus propiedades y en sus sucesiones;—en fin, las costumbres, que tienen una influencia tan grande sobre el derecho público, el sagrado y el privado.

Division de la poblacion en patricios y plebeyos, en patronos y